

2.- TRIBUNA ABIERTA IBEROAMERICANA.

CRECIMIENTO ECONÓMICO EN AMÉRICA LATINA Y COHESIÓN SOCIAL

Dr. Víctor Godínez Zuniga

De cómo la realidad de América Latina puede o no conducir a una situación de cohesión social.

Para ello, el primer factor a considerar es el proceso general de crecimiento económico. En su conjunto, la región latinoamericana es una zona de bajo crecimiento. En 2007 el valor real del PIB latinoamericano fue 75% mayor que en 1990; considerando el aumento de la población esto resulta en una subida absoluta del valor del producto interno bruto (PIB) por habitante de 35% durante el mismo lapso. Es claro que en este periodo de casi veinte años la región recuperó cierta capacidad de crecimiento, en abierto contraste con lo sucedido durante la llamada década perdida de los ochenta.

Sin embargo, esta ampliación del PIB regional es en muchos sentidos insuficiente. No sólo porque en comparación con otras regiones y países (Asia Pacífico, China, India, España, Irlanda o Finlandia, por ejemplo) el crecimiento registrado en las últimas décadas es manifiestamente menor en América Latina; sino sobre todo porque el ritmo de crecimiento observado no alcanza a generar una expansión a las tasas que en algunos estudios técnicos, como el de Machinea, Bárcena y León (2005), se consideran necesarias para empezar a revertir progresiva y efectivamente los índices generales de desigualdad y pobreza en los distintos países de la región.

Desde luego que tras estos promedios regionales hay toda una variedad de situaciones específicas de crecimiento. La información disponible pone de manifiesto la falta de dinamismo a largo plazo que en diversos grados y casi sin excepción padecen las economías latinoamericanas. En una tercera parte de los países de la región el crecimiento promedio del producto por habitante tiende disminuir en lo que va de la presente década en comparación con la de los años noventa. Este grupo incluye a Argentina, Bolivia, Chile, El Salvador Guatemala y Nicaragua. En México este

indicador se ha estabilizado en torno a un promedio sumamente bajo desde 1990. En Ecuador, Honduras, Nicaragua y Venezuela el ritmo de aumento del producto por habitante registra una tendencia al alza en los años 2000, pero luego de dos décadas de retracción o estancamiento, según el caso. Ante la desaceleración de los principales países industrializados en 2008 y 2009, es muy alta la probabilidad de que los actuales promedios de crecimiento de América Latina sigan disminuyendo en lo que resta de la década en la mayoría de los casos. Debe recordarse al respecto que ha sido una norma general en los últimos treinta años que las caídas de la coyuntura internacional sean compensadas en todos los países con estrategias procíclicas (restricción del gasto) que magnifican los impactos negativos en el crecimiento interno del producto.

Los resultados contractivos de esta estrategia se han convertido en un rasgo estilizado de la modalidad de desarrollo de las economías latinoamericanas que se vincula con el esquema predominante de política económica. El sesgo procíclico de la política económica es uno de los factores que explican la existencia de otro componente del entorno que afecta negativamente el desempeño de los ámbitos territoriales de la región y su capacidad para llevar a cabo políticas de cohesión social: la volatilidad del crecimiento. Esta característica indica las dificultades que enfrenta la mayoría de las economías nacionales para sostener ciclos de crecimiento prolongados en cuyo curso los agentes económicos y sociales puedan experimentar procesos acumulativos de desarrollo y bienestar.

Hay abierto un intenso debate acerca de los factores que explican las tendencias decepcionantes del crecimiento económico latinoamericano. No es este lugar para hacer referencia a los términos de dicha discusión. Lo que interesa señalar son las consecuencias territoriales de este entorno de crecimiento económico bajo y volátil que es característico del estilo de desarrollo vigente en la región desde hace al menos veinte años. Varios estudios demuestran que el menor dinamismo económico general aumentó la dispersión del crecimiento tanto en el terreno interregional como en el intrarregional de los países. En la mayoría de los casos nacionales sobre los que se cuenta con información se comprueba la interrupción de procesos —por incipientes que éstos hayan sido— de convergencia regional aparecidos en el periodo anterior a la crítica

década de los años ochenta, así como la profundización de dinámicas de “distanciamiento” o polarización territorial.

La experiencia del desarrollo latinoamericano en las últimas dos décadas indica, en efecto, que la posibilidad de movimientos de convergencia territorial —que son fundamentales para la prosecución exitosa de políticas de cohesión social— está estrechamente asociada con la existencia de un ambiente de crecimiento fuerte y sostenido en cada país. Esa experiencia también parece revalidar la impresión sobre la menor capacidad de resistencia de las entidades territoriales más pobres ante el conjunto de factores que determinó el cambio de las condiciones generales del desarrollo económico de cada uno de los países latinoamericanos desde los años ochenta: recesiones económicas recurrentes, choques monetarios y financieros, cambio del marco institucional y legislativo, modificación del sistema de incentivos y señales que influyen en las decisiones de los agentes (en especial la apertura comercial y la liberalización económica).

El entorno que en cada país resultó de este conjunto de factores favoreció el despliegue de nuevas combinaciones sectorregionales, así como la profundización de algunas preexistentes. Por regla general, este estilo de desarrollo tendió a revalorar a las zonas metropolitanas. En tanto locus de la nueva economía abierta, las ciudades latinoamericanas adquirieron una gran preponderancia en las últimas dos décadas debido a su mayor dotación relativa de infraestructura y recursos humanos calificados. En contraste, se redujo la importancia de las áreas rurales, tanto en la utilización de sus recursos productivos como en la construcción de nueva infraestructura, generándose un negativo círculo de causación acumulativa descendente en virtud del cual los recursos del desarrollo, y por tanto el crecimiento, tienden a concentrarse en las grandes zonas metropolitanas de la región. Este proceso está en la base de la incontrolable hipertrofia urbana (y todas las secuelas indeseables que ello implica en términos de bienestar, progreso social y sostenibilidad) que padecen varios países latinoamericanos.

La falta de dinamismo económico y la volatilidad del crecimiento significan un gran obstáculo del progreso social en América Latina. Su persistencia en un periodo que ya resulta prolongado ha dificultado enormemente la reducción de la pobreza y de su origen básico, la desigualdad multidimensional. El menor crecimiento económico de

este periodo es consustancial a la reconcentración de la riqueza y el ingreso a escala social, factorial y territorial. También es consustancial a la operación de los mercados laborales y su reducida capacidad de absorción de la fuerza de trabajo, así como a la fragilidad fiscal de prácticamente todos los países y por ende de las administraciones locales.

Este es el punto de partida ante un siglo, el XXI, el siglo que debe de representar el desarrollo real de América Latina.